

Estirpe maldita

Dáina Chaviano

YA ES CERCA DE LA MEDIANOCHE Y PRONTO COMENZARÁN LOS RUIDOS. Desde aquí podré observarlo todo: cada movimiento en el interior de la casa, cada susurro, cada visitante clandestino. Como siempre, estaré en mi puesto hasta la salida del sol. Y mientras el vecindario duerme, sólo dos viviendas permanecerán en la vigilia: la mía y *ésa*.

Nos alumbramos poco, al igual que ellos, para no llamar la atención. Mis padres y mis hermanos se mueven con sigilo, sin que ningún ajetreo llegue afuera. A cada rato, mamá o papá dejan un instante sus ocupaciones para curiosear un poco. También mis hermanos abandonan sus juegos y tratan de percibir alguna cosa tras los cristales. Sólo yo permanezco firme, sin desviarme un ápice de lo que considero mi mayor deber: descubrir qué sucede en esa casa...

No sé por qué lo hago. No sé de dónde sale esta obsesión de espionaje perpetuo. Es un reflejo, casi una enfermedad; algo que he aprendido de los mayores. Papá y mamá dan el ejemplo, aunque sin mucho convencimiento. Dicen que es su obligación. No obstante, cuando mis hermanos preguntan acerca del origen de esta vigilia, ninguno sabe dar una respuesta coherente. Pero yo no me caliento la cabeza con estas cosas. Me limito a cumplir con mi deber.

Acaban de dar las doce, y yo me empino sobre el borde del techo para ver mejor. Ahora empezará el trájín. En efecto. Ya encendieron una luz en el piso alto. Es la vieja. Puedo verla a través de una ventana rota. Se mueve por su habitación llena de trastos, mientras se alumbra con un cabo de vela. Se agacha junto a lo que parece un baúl. Intenta separarlo de la pared, pero no logra moverlo. Entonces deja la palmatoria en el suelo y empuja con todas sus fuerzas hasta que el mueble se despega del rincón. La vieja se inclina sobre él, como si fuera a sacar algo... En ese instante, alguien tropieza conmigo y casi pierdo el equilibrio. Es mi hermano menor.

—¿Qué haces aquí, idiota? —le recrimino en voz baja—. Por poco me matas del susto.

—Vine a jugar —responde sin notar mi furia, y esparce una porción de huesecillos por el alero.

—¿Y desde cuándo juegas en la azotea?

—Hace calor allá adentro.

Coge dos falanges y comienza a golpearlas entre sí, como si fuesen espadas diminutas.

Contemplo de reojo la casa, pero ya la vieja ha desaparecido con vela y todo. Me he quedado sin saber qué pretendía sacar de aquel rincón.

—¿Y ésas? —le pregunto sin mucho interés, porque ahora descubro a dos figuras que atraviesan rápidamente la entrada de autos y son conducidas de inmediato al interior por alguien que les abre la puerta—. ¿Son nuevas?

Mi hermano me mira un momento, sin comprender.

—¡Ah! ¿Éstas?... Eran del bebé de los Rizo.

—¿El que enterraron la semana pasada?

—No. Aquel era nieto de la señora Cándida. Este es un bebé mucho más antiguo.

Una música perezosa sube y baja de tono hasta perderse en un murmullo: alguien manipula una radio en la casa vecina. Por alguna razón, está prohibido escuchar las voces que provienen de la lejanía. Adivino el afán del oyente por eludir la señal de interferencia.

—Vete de aquí —lo empujo un poco para recobrar mi lugar—. Si no bajas enseguida, le diré a papá que no vuelva a llevarte.

Se encoge de hombros.

—Ya no tengo que ir al osario para conseguir juguetes. Mami siempre...

—Si no te vas ahora mismo, te tiro de cabeza. ¿No ves que estoy ocupado?

La puerta principal de la casa se abre con lentitud. Un hombre asoma la cabeza para inspeccionar los alrededores. Después vuelve a entrar. Enseguida vuelve a salir. Lleva un cuchillo en la mano. Se acerca sigiloso hasta un rincón del jardín y empieza a abrir un hoyo, ayudándose de ese instrumento. Rápidamente entierra en él un paquete de mediano tamaño que ha sacado del garaje. En medio del silencio de la madrugada, lo oigo murmurar:

—No podré usarlo yo, pero ellos tampoco lo tendrán.

Finaliza su tarea y regresa al interior.

Mi hermano me empuja para tener más espacio.

—¡Pedazo de estúpido! —me vuelvo hacia él, dispuesto a cualquier cosa.

Lo sacudo por el cuello hasta que se desmadeja por la falta de aire. Entonces mis ojos tropiezan con un espectáculo insólito: una luz difusa cae sobre la cama donde se desnuda una pareja. Me quedo atónito. Suelto a mi hermano y, tres segundos después, escucho el ruido sordo de un cuerpo que cae sobre el pavimento, muchos metros más abajo. No le presto atención, porque ahora distingo otra sombra que atraviesa el portal. En ese instante un nubarrón inmenso cubre el disco de la luna, y yo me quedo sin saber si era hombre o mujer aquello que se aleja con un bulto entre los brazos.

Un gong lejanísimo me devuelve a la realidad. Es mi madre que nos llama a cenar. Observo por un segundo la casona envuelta en tinieblas y me separo del alero con reticencia.

Cuando entro al comedor, ya están todos sentados a la mesa. Mamá sirve una sopa roja y espesa como jugo de remolacha. Pruebo la primera cucharada y casi me quemo los labios.

—¡Está hirviendo! —protesto.

—Ten cuidado con el mantel —me advierte ella—. Ya sabes cómo mancha eso.

—¡A mí no me gusta la sangre vieja! —se queja uno de mis hermanos.

—Pues tendrás que conformarte. La cosa se está poniendo cada día más difícil, y ya no puedo conseguirla fresca como antes.

—¿De dónde la sacaste? —pregunta mi padre, atracándose con un trozo de oreja.

—Me la vendió Gertrudis a sobreprecio. La tenía en el congelador desde hace seis meses, porque Luisito... —mira en torno—. ¿Dónde está Junior?

Todos dejamos de comer para fijarnos en el puesto vacío de mi hermano. Entonces recuerdo.

—Creo que... —se me hace un nudo en la garganta.

Le tengo horror a los castigos.

Muchos ojos me miran en silencio, esperando una explicación. Decido contarle todo: mi tenaz vigilia sobre la mansión, el sospechoso comportamiento de la vieja y del enterrador de tesoros, la brusca interrupción de mi hermano y nuestro forcejeo al borde del alero, el enigmático personaje que abandona la casa y el ruido de algo que cae sobre el cemento... Me preparo para lo peor.

—¿Y no pudiste ver lo que llevaba aquel hombre? —pregunta mi madre.

—Ni siquiera sé si era un hombre: había mucha oscuridad.

—¡Qué mala suerte!

Comen en silencio.

—Entonces, ¿qué hacemos con Junior? —dice mi padre, dejando unas manchas sanguinolentas en su servilleta.

—Lo mejor será aprovecharlo —decide mamá—. ¿Qué les parece un aporreado de sesos para mañana?

Todos gritamos con entusiasmo.

Mamá se pone de pie y va en busca del postre, pero yo no puedo esperar. Me acerco al balcón y trepo hasta la azotea. El viento hace rechinar los tablones desprendidos del desván. Desde allí percibo el escándalo de mis hermanos que, haciendo caso omiso a la consabida prohibición, inundan de chillidos la madrugada.

Frente a mí, unas persianas se abren. Observo atentamente los rostros que se asoman: la vieja del baúl y una mujer joven. Miran con temor e interés hacia nuestra vivienda.

—¡Solavaya! —oigo decir a la vieja, que se persigna tres veces seguida—. Ahistán otra vez los espíritus alborotaos.

—Voy a avisarle a la policía.

—¿Sí? ¿Y qué vas a decir? —finge la voz de la joven—: Oigan, en la casa dial lado hubo una matazón de gente hace una pila de años y ahora los muertos andan chillando a toda hora... ¿Eso es lo que vas a decir? Mira, mejor déjalos con su alharaca que'n definitiva eso es lo único que pueden hacer los muertos cuando ya están despachaos.

Ambas mujeres vuelven a persignarse. Las persianas se entornan tras ellas, y yo me quedo de una pieza, completamente confundido por lo que acabo de oír. Ninguno de nosotros ha muerto... excepto Junior, a quien dejé caer por

accidente. Y si nosotros podemos morir, es que no estamos muertos. ¿O pueden los muertos volver a morir?

Intento ver qué ocurre tras las cortinas oscuras, pero la luz del sol comienza a anunciarse como una claridad vaga sobre los tejados de la ciudad. Debo regresar a mi cuarto. Dormiré todo el día hasta que llegue la noche y, cuando empiecen a salir las estrellas, desplegaré mis alas membranosas y vendré volando hasta mi lugar de siempre.

